

¿Representar la explotación sexual? La víctima puesta en escena

Representing sexual exploitation? The victim staged

Nicolás LAÍNEZ¹

École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS)
niklainez@yahoo.com

Recibido: 25 de marzo de 2008

Aceptado: 9 de diciembre de 2008

Resumen

Este artículo tiene por objeto analizar las representaciones victimizantes y fuertemente emotivas del menor vendido para la prostitución dentro del marco del Sudeste Asiático. La construcción social de la que es objeto este fenómeno, desde principios de los años 1990, es consecuencia de una estrategia pensada por parte de los actores del desarrollo comprometidos en la lucha contra lo que consideran una “plaga intolerable”. La representación de la víctima subraya su inocencia, así como la injusticia inherente a su tragedia. Pone también en escena el sufrimiento corporal y las diferencias culturales. Esta representación se inscribe en la *politica de la piedad*, que Luc Boltanski define como la observación a distancia de un desafortunado por un espectador. A este tándem se le añade un tercer agente, bienhechor o verdugo, cuya función es reforzar la indignación y el consecuente llamamiento al compromiso del espectador. Estas representaciones son parcialmente fidedignas, la realidad de las trayectorias de las víctimas parece no ser siempre tan caricaturesca y unidimensional.

Palabras clave: prostitución, prostitución infantil, trata de seres humanos, representaciones, víctima, cuerpo, ONG, Sudeste Asiático.

Abstract

The aim of this article is to analyze the victimizing and very emotional representations of the childrens who are sold to be prostituted in the Southeast Asia framework. The social construction of this phenomenon since the early 90's is the result of a designed strategy by the development actors who were committed in the struggle against what they had seen like a “intolerable plague”. The victim representation stressed the innocence and the injustice inherent in that tragedy. It also put in the stage the corporal suffering and the cultural differences. This representation take part in the *mercy politic*, that Luc Boltanski defined as the observation trough the distance of an unlucky person by an observer. In this tandem is

¹ El autor quiere agradecer sinceramente las correcciones y los comentarios de Jose-María Laínez, de Ana-Luisa Ordóñez Gutiérrez y de Antonio Peláez Tortosa.

added a third agent, benefactor or tyrant, whose role is to increase the outrage and the subsequent appeal to the observer's commitment. These representations are partially trustworthy, the reality of the victim's life don't seems to be always so ridiculous and one-dimensioned.

Key words: prostitution, children's prostitution, people trafficking, representations, victim, body, ONG, Southeast Asia.

SUMARIO: 1. ¿Escenificar la explotación sexual?. 2. La víctima escenificada. 2. 1. El niño prostituido. 2. 2. El niño vendido para la prostitución. 2. 3. Cultura y sexualidad. 2. 4. El cuerpo sufriente. 2. 5. Las cifras. 3. La política de la piedad. 3. 1. El tercer agente. 3. 2. El compromiso. 4. Más allá de las representaciones. 5. Referencias bibliográficas. 6. Referencias filmicas.

1. ¿Escenificar la explotación sexual?

Entre los años 2000 y 2005 he fotografiado el tráfico de seres humanos², la prostitución, y el sida en Asia, por cuenta de organizaciones internacionales –OI– y no gubernamentales –ONG–. Las imágenes fueron difundidas en aeropuertos, galerías de arte, centros comerciales, o por medio de libros y campañas de denuncia, siendo su objetivo sensibilizar a los públicos europeos y asiáticos sobre el fenómeno de la trata de seres humanos en Asia.

Fiel a la tradición de la fotografía documental llamada “humanista”, inspirada por el famoso fotógrafo americano Eugene Smith o por las estrellas de la agencia Magnum, siempre intenté tomar instantáneas en el corazón mismo de la vida, evitando las puestas en escena, así como el *voyeurismo*. El objetivo era narrar la historia de las mujeres y los niños que ejercen la prostitución en Asia, mostrar su universo profesional, las relaciones sociales que estas mujeres tejen entre ellas, con su prójimo, con sus clientes.

Después de varios años de trabajo de campo, estas fotografías comenzaron a decolorarse, a perder su sentido, a parecerse todas entre sí. ¿Cómo era posible que prostitutas indias, birmanas o camboyanas tuvieran, todas, la misma historia? La repetición del mismo relato, que emanaba de las protagonistas fotografiadas o de los representantes de las organizaciones no gubernamentales –ONG– consultados, dejaba entrever la existencia de una imagen comúnmente compartida del niño sexualmente explotado. La cuestión que plantea este artículo surgió de forma natural. ¿Cómo explicar que un narrador pueda reproducir de forma mecánica un mismo testimonio, el de la víctima, sin que ello le plantee problemas? ¿Cuáles son la cronología, los resortes y las posibles implicaciones en la representación de la víctima, tan

² La “trata” se considera una explotación. Sus características alegadas son la coacción, el fraude, la violencia y los abusos, ya sean físicos o psicológicos. No implica necesariamente el cruce de una frontera, y no se puede reducir a un simple intercambio comercial. Por su lado, el término “tráfico”, empleado en la expresión “tráfico de seres humanos”, tiene una connotación comercial. Designa un comercio ilícito o un intercambio de bienes y servicios ilegales. Es más un medio, el cruce ilegal de una frontera contra remuneración, que un fin en sí mismo.

emotiva como criticable? ¿Y si los individuos en cuestión no fueran solamente víctimas? ¿Que serían entonces?

Antes de emprender esta tarea, la primera etapa, dolorosa, fue la de aceptar la mentira inherente al medio fotográfico. Como proceso óptico y químico, se supone que la fotografía refleja la realidad mejor que una pintura –por sentido común, una fotografía es “más verdadera” que un cuadro, sin embargo no es más que pura interpretación–. Un objetivo, una emulsión, un foco, una técnica de revelado, un papel, una tirada, y otros tantos elementos de elección, siempre personales, hacen de cada fotografía una obra única. A la mentira de estos elementos se añade la de la interpretación del creador, de su punto de vista, de la distancia física y psicológica que lo separan de su tema, de su intención: la fotografía es para él, para un diario, para una ONG. Tantos filtros deshacen la objetividad presunta de la fotografía, y remiten con fuerza al proceso técnico y creativo, siempre único, que lleva a la producción de una imagen.

Para empezar, este artículo ofrecerá un resumen cronológico del fenómeno de la explotación sexual de menores en el Sudeste Asiático. Analizaremos la imagen victimista y fuertemente emotiva del menor vendido y prostituido, así como las diferencias culturales y la puesta en escena de la que es objeto el cuerpo de la víctima. En un segundo paso, estudiaremos cómo esta imagen queda incluida en lo que Luc Boltanski (1993) llama la *política de la piedad*, consistente en mostrar a “distancia” un grupo de víctimas a un espectador. Con frecuencia, esta puesta en escena cuenta con un tercer agente, bienhechor o verdugo, cuya función es reforzar la indignación y aumentar el compromiso del espectador. Por último, veremos que estas escenografías sólo son parcialmente verdaderas, pues la realidad de las vivencias de las víctimas parece no ser siempre tan caricaturesca.

2. La víctima escenificada

El estudio de las representaciones de la prostitución infantil o de la trata de menores en el Sudeste Asiático revela la existencia de una representación normalizada de la víctima. Las campañas de denuncia que han apuntado inicialmente al turismo sexual infantil, y más tarde al tráfico de seres humanos, recurrieron, y siguen recurriendo masivamente, a relatos estereotipados. Estos últimos, a menudo anecdóticos, simplificadores y lacrimosos, han participado en la elaboración de una imagen de la víctima cuyo testimonio ha sido presentado como prueba irrefutable de un hecho que socialmente se considera como intolerable³.

2. 1. El niño prostituido

En los años noventa, las representaciones visuales presentadas por los medios de comunicación o las ONG ofrecen una visión homogénea del niño asiático prosti-

³ Nos inspiraremos en Didier Fassin y en Patrice Bourdelais para definir un “intolerable”. Los abusos sexuales, el tráfico de personas, la esclavitud, los crímenes de guerra o la tortura son fenómenos jurídicamente sancionados y socialmente reprobados, ya que son considerados “intolerables”. Percibidos como males que sobrepasan ciertos límites históricamente instruidos, son objeto de relativismo temporal (Fassin y Bourdelais, 2005).

tuido. Numerosas escritas de organizaciones que descubren entonces, conmovidas, el turismo sexual infantil, utilizan un mismo esquema narrativo: abandono por los padres, explotación por las mafias locales y los proxenetas, rescate por un representante de la ayuda occidental, muerte trágica por causa del sida (Montgomery, 2001: 36). Esta redundante retórica deja suponer que todos los niños prostituidos son inevitablemente secuestrados o vendidos, forzados a prostituirse, brutalmente explotados y finalmente condenados a morir⁴. Entre los numerosos testimonios parecidos, he aquí el de Marie-France Botte, antigua enfermera belga que se convertiría en una famosa militante de la lucha contra la prostitución infantil en Tailandia a mediados de los años 1990, antes de ser acusada por desviación de fondos en 1995⁵:

Lao, Sonta, Patchara, tres pequeñas muchachas, sustraídas a sus familias durante su niñez, secuestradas, agredidas, violadas en los burdeles de Bangkok... Niños como tanto otros, millares de niños tailandeses, que se ven obligados a ofrecer sus cuerpos a “gringos” del mundo entero, a esos turistas que compran un billete de avión hacia Bangkok solamente para ofrecerse algunas noches con niñas o niños... Hoy, Sonta y Patchara han muerto de sida. Lao lucha desesperadamente contra la evolución de la enfermedad. (Botte, 1993).

Este acotamiento sociológico se inscribe en un doble mecanismo de singularización y de descalificación. En primer lugar, se centra en tres niños llamados Lao, Sonta y Patchara; no obstante, si estos tomasen otro nombre, ello no cambiaría nada el guión. El relato debe ahondar en la singularidad de la víctima y presentar los detalles de su sufrimiento, si quiere suscitar eficazmente la piedad del espectador, así como su acción final. Se fija entonces un límite, ya que una descripción que se centra excesivamente en los detalles miserables, causa el efecto opuesto del esperado. De hecho, si se describe la persona únicamente por su sufrimiento, existe el riesgo de que el observador juzgue el relato como reductor. En segundo lugar, se descalifica a los menores puesto que su identidad se reduce a la de una mera víctima de la injusticia. Los hechos destacados de su tragedia son detallados –han sido secuestrados, golpeados, violados, y ofrecidos a los turistas–, pero el relato oculta cuidadosamente su historia personal.

El proceso de singularización reduce también el problema al del explotador sexual extranjero. El pederasta occidental, verdugo por excelencia, personificación del mal, fue tomado como blanco principal de las organizaciones destinadas a erradicar la prostitución infantil. Esta reducción creó de hecho una distinción entre los niños explotados por occidentales, y los otros explotados por una clientela local asiá-

⁴ ¿Qué función ejerce la muerte en esta escenificación? ¿Sería el precio que la víctima tiene que pagar para blanquear su deshonor sexual o moral? ¿Prepararía la acusación de “no asistencia a personas en peligro”, a la que se arriesga el espectador pasivo?

⁵ En 1995, en Bélgica, los esposos Dupont acusan a Botte de desviación de fondos y abuso de confianza. Plantean que la ex-enfermera se atribuye los méritos de la ONG tailandesa *Centre for the Protection of Children's Right* –CPCR, con base en Bangkok–, y que continúa recaudando fondos en su nombre aunque ya no trabaja con dicha organización.

tica, estableciendo así una jerarquía entre las “buenas” víctimas, es decir, las que merecen la atención prestada por los observadores occidentales, y las otras, relegadas a las zonas grises de las representaciones o de la acción humanitaria. Esta construcción narrativa pone en escena dos protagonistas, el narrador y la víctima, quienes se limitan a relatar las historias imparciales que se esperan de ellos. Si el narrador está convencido de saber a quién se asemeja la víctima, y si el espectador se imagina las sensaciones de esta última, la víctima, por su parte, se imagina las reacciones del narrador y del espectador imaginándose sus propias sensaciones, es decir, que anticipa el impacto que su sufrimiento tendrá sobre ellos⁶. Esta es la razón por la que todas las víctimas parecen suministrar la misma historia a los narradores. Es también por esta razón por la que los periodistas escriben siempre el mismo tipo de artículos, ya que ¿por qué modificar un testimonio convenido que demostró su validez? Por otro lado, esta predisposición legitima la confiscación de la palabra por parte de narradores que generalmente no dominan ni la lengua, ni los códigos culturales de los que se les supone depositarios. Algunos periodistas llegan incluso a la selección de los testigos que responden mejor a las expectativas del lector. En esta línea, el polémico rescate de dos prostitutas camboyanas, puesto en escena por el periodista Nicholas Krystoff, del periódico *New York Times* en 2005, nos parece un buen ejemplo.

2. 2. El niño vendido para la prostitución

El impacto suscitado por el turismo sexual infantil se extiende en el transcurso de los años noventa. Campañas internacionales como las desarrolladas por la red ECPAT⁸ concentran las preocupaciones morales sobre los menores, y ello poco después de las resoluciones de la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño en 1989, que inscribe la infancia como una nueva prioridad ética (Roux, 2005: 2). Esta campaña moral deja en el tintero la prostitución adulta por causa de la cuestión

⁶ Es lo que Luc Boltanski (1993: 64) llama el “equilibrio simpático” entre las ofertas imaginativas del espectador y las solicitudes de atención de la víctima.

⁷ En enero de 2005, Nicholas Krystoff, célebre periodista del diario *New York Times*, describe en cinco artículos consecutivos el rescate de dos jóvenes prostitutas camboyanas. La escena ocurre en un burdel de Poipet, en la frontera entre Tailandia y Camboya. Tras comprar la libertad de dos pupilas por algunos centenares de dólares, el periodista, no sabiendo que hacer con ellas, las devuelve a sus padres dejándoles otros cien dólares a cada una. Una de ellas volverá a la prostitución, y la otra romperá poco después con su familia. Las dudas, la toma de decisiones y las acciones del periodista son cuidadosamente descritas y publicadas tanto en el periódico como en su *blog* personal. Este asunto será objeto de una polémica, y el autor acabará admitiendo su ingenuidad y su fracaso.

⁸ ECPAT es el acrónimo de *End Child Prostitution in Asia Tourism* (www.ecpat.net). ECPAT es resultante del *Ecumenical Coalición on Third World Tourism*. Esta coalición presenta en Chiang Mai, Tailandia, los resultados de una investigación sobre la explotación sexual infantil en lugares turísticos de Filipinas, Tailandia y Sri Lanka en 1990. Como consecuencia de este coloquio, algunos participantes se comprometen a iniciar una campaña internacional cuyo objetivo sea luchar contra el turismo sexual infantil en Asia. El 9 de agosto de 1990 nace ECPAT en Bangkok.

insoluble del consentimiento, e instaura la creencia, que será rápida y comúnmente compartida, de que un niño carece de juicio para elegir el ejercicio de la prostitución.

Como consecuencia de los dos congresos internacionales contra la prostitución infantil de Estocolmo en 1996 y de Yokohama en 2001, ECPAT refuerza su legitimidad y se convierte en el protagonista imprescindible en materia de explotación sexual infantil. Esta organización pone en marcha una estrategia de comunicación de ámbito mundial, al mismo tiempo que diversifica sus actividades para erigir nuevos espacios de indignación (Roux, 2005: 6, 8): es la investidura del campo de la pornografía infantil, y del tráfico de niños para la prostitución, mucho más emotivo y rentable. A partir de 1996, su acrónimo significará *End Child Prostitution, Child Pornography and Trafficking of Children for Sexual Purposes*.

Hacia finales de los años noventa, ECPAT y ONG abolicionistas, como AFESIP-Camboya, actores institucionales, como el Departamento de Estado Americano o las Naciones Unidas, participan en el desplazamiento paulatino de un interés que de aquí en adelante se orienta, ya no hacia el niño prostituido, sino hacia el niño –y progresivamente la mujer y el niño– vendido para la prostitución. Este cambio se explica por el agotamiento, tras diez años de lucha, de la movilización contra el fenómeno “turismo sexual”, y sobre todo por los reordenamientos políticos, sociales y económicos acaecidos desde del final de la guerra fría en el Sudeste Asiático, que favorecen la movilidad regional, tanto regular como irregular, por motivos económico-profesionales. El célebre informe sobre el tráfico de mujeres birmanas en Tailandia, publicado por la ONG americana *Human Rights Watch*, anuncia esta reorientación focal a partir de 1993 (Human Rights Watch, 1993: 2):

El tráfico de mujeres y de niñas birmanas en Tailandia asusta por su eficacia y por su crueldad. Con el objetivo de maximizar los beneficios, y por miedo al VIH/sida, agentes que trabajan para arrendatarios de burdeles se infiltran en áreas cada vez más remotas en Birmania con el fin de buscar reclutadores que pasen desapercibidos. Las muchachas vírgenes son particularmente buscadas, ya que no sólo generan mayores ganancias, sino que también están menos expuestas a enfermedades de transmisión sexual. Los agentes prometen a las niñas empleos como camareras o lavaplatos, siempre bien pagados y regalando vestimenta nueva. Muchos familiares o amigos acompañan a las mujeres y niñas a la frontera tailandesa. Allí, reciben una suma por adelantado comprendida entre 10.000 baht (400 dólares) y 20.000 baht (800 dólares), por parte de intermediarios asociados al burdel. Este pago se convierte en una deuda, que generalmente se dobla con los intereses, y que las mujeres y niñas tienen que rembolsar trabajando no como camareras o lavaplatos, sino como esclavas sexuales.

Una vez confinadas, las mujeres y las niñas tienen muy pocas posibilidades de fugarse de los burdeles tailandeses. Cualquier mujer o niña birmana que salga fuera del burdel se arriesga a recibir un castigo físico, sus padres y parientes son amenazados si no reembolsa su deuda, y/o pueden ser detenidas como inmigrantes ilegales –por la misma policía que a menudo es la mejor clientela del burdel–. Los peores burdeles, los situados en la ciudad de Ranong, en el sur de Tailandia, están cercados por alambres electrificados y vigilados por guardias armados.

Las mujeres y niñas son sometidas a una amplia gama de abusos que incluyen la esclavitud por deudas, el confinamiento ilegal, el trabajo forzado, la violación, el abuso físico, el riesgo de exposición al VIH/sida, y en algunos casos la muerte.

Este informe que denuncia, no ya el turismo sexual infantil, sino la trata de jóvenes birmanas destinadas a la prostitución local en Tailandia, anuncia la construcción de un nuevo intolerable. Dotado de una fuerte carga emotiva, el relato se inspira explícitamente en el del niño sexualmente abusado. Sus principales reivindicaciones son: 1) el tráfico se orienta esencialmente a muchachas jóvenes, vírgenes preferiblemente, 2) los traficantes de seres humanos son movidos por el lucro, 3) utilizan una amplia gama de subterfugios para engañar a sus víctimas, en particular, falsas promesas de trabajo, 4) los traficantes son a veces miembros de la familia cercana o de la vecindad, 5) las víctimas son confinadas y sometidas a todo tipo de violencias físicas y psicológicas. El verdugo ya no es una mafia sin cara o un turista sexual pederasta, sino el traficante, el arrendatario, y el policía tailandés corrompido que abusa de las víctimas y protege a los criminales.

Un relato de la víctima asiática del tráfico contiguo al de *Human Rights Watch* se estandariza progresivamente. Presenta a una muchacha joven y desamparada, generalmente de origen campesino que, engañada por un traficante con falsas promesas de trabajo, se encuentra, contra su voluntad, confinada y explotada en un país extranjero.

Actualmente, la concepción aceptada de la víctima es la de “madona”, la cual se opone a la de la “puta”. La joven, irremediamente víctima de un sistema patriarcal todopoderoso, se presenta como una muchacha ingenua, vulnerable, engañada, obligada, e incapaz de plantear juicios razonados o de asumir plenamente sus decisiones. De esta clasificación⁹ depende la asistencia a la que puede acogerse; la mayoría de las ONG se muestra menos propensa a ayudar a las que, consentidoras, optan deliberadamente por emigrar ilegalmente para dedicarse a la prostitución.

Las representaciones que emanan de las ONG y las organizaciones internacionales asocian generalmente la trata y la prostitución. No obstante, el empleo doméstico, el trabajo infantil, o la industria de los matrimonios transnacionales¹⁰ se infiltran progresivamente en el campo discursivo de la trata. Los detalles lacrimosos se acompañan, de aquí en adelante, de referencias que devuelven a los cuadros normativos internacionales nuevamente instituidos. Así, el transporte transnacional, el engaño y la explotación, es decir, elementos destacados que una vez combinados bastan para conceder el estatuto de víctima de la trata según el Protocolo de Palermo¹¹, se subrayan en estas descripciones.

⁹ La concepción de la “madona” que Mathilde Darley (2006 : 114) aplica a las víctimas europeas de la trata, corresponde a las del Sudeste Asiático.

¹⁰ Desde mediados de los años 1990, unas 150.000 mujeres originarias del sur de Vietnam se han casado con hombres taiwaneses, surcoreanos, y en menor medida singapureños, y residen *in situ*. Una verdadera industria de matrimonios transnacionales se ha desarrollado entre estos países. Agencias matrimoniales noreste-asiáticas y vietnamitas trabajan conjuntamente para proponer sus servicios a la clientela interesada, a cambio de suculentas retribuciones.

¹¹ La Convención de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional, y su protocolo adicional, ratificados en Palermo en 2000, define la trata de seres humanos como:

la captación, el transporte, el traslado, la acogida o la recepción de personas, recurriendo a la amenaza o al uso de la fuerza u otras formas de coacción, al rapto, al fraude, al

2. 3. Cultura y sexualidad

Al presentar la violencia o incidir en la injusticia, el exotismo, la belleza o la religiosidad de las víctimas, se las usa para hacerlas más atractivas. Su fisonomía, vestimenta, o lugar de vida son entonces ensalzados en las representaciones. Muchos documentales sobre la prostitución o la trata en Asia intercalan planos de pagodas, ceremonias budistas, palmeras, puestas de sol, o mercados animados, entre planos rodados con cámara oculta de *gogo bars* o de víctimas supervivientes. El documental español *Mariposas del Mekong* de Pedro Barbadillo¹² (2007) ofrece varias secuencias de este tipo.



Fotografía 1: Niños ejecutando danzas tradicionales frente a una Pagoda camboyana. Plano extraído de la película *Mekong butterflies* de Pedro Barbadillo (2006)

Otros ejemplos son las fotografías del libro de M-F Botte, mostrando una de ellas un cuadrilátero de boxeo tailandés en cuyo borde se halla un occidental examinando a dos jóvenes muchachos.

engaño, al abuso de poder o de una situación de vulnerabilidad o a la concesión o recepción de pagos o beneficios para obtener el consentimiento de una persona que tenga autoridad sobre otra, con fines de explotación.

¹² Pone en escena a un etnólogo que describe la desventura de una chica camboyana traficada en Malasia.



Fotografías 2, 3, 4 y 5: Cuerpos quemados, golpeados, y marcados por la violencia infrin-gida por los perseguidores, la mafia y los pederastas extranjeros. Ilustraciones del libro de Marie-France Botte (1993)

Esta representación de un Oriente exótico y familiar conforta al espectador. Es el peso de “sus tradiciones” lo que explica la persistencia de prácticas erradicadas desde hace tiempo en Occidente. Son las diferencias culturales¹³ (Veran y Chouffan, 2000), reales o falsas, es decir, los matrimonios precoces acordados entre los campesinos, una sexualidad diferente, una tradición de poligamia y concubinato, una gran tolerancia a la homosexualidad en Tailandia, las que justificarían prácticas sexuales juzgadas como permisivas por unos, indecentes por otros.

¿Costumbres permisivas o indecentes? ¿Para quién? ¿Y de dónde vienen esas interpretaciones? Hay que reconocer que estas imágenes se inscriben en un *continuum* con las tradiciones narrativas orientalistas que, desde el viaje de Bougainville, rein-

¹³ S. Veran y A. Chauffan (2000) dicen en su artículo: “El pretexto más frecuentemente aducido a los servicios policiales especializados se refiere a las diferencias culturales: Ellos (o ellas) no son como nosotros”, o con respecto a los asiáticos: “Parecen tan jóvenes que no se puede adivinar su edad”, y también: “Su sexualidad es más precoz, y su sensualidad está más desarrollada que en Occidente”.

terpretado por Denis Diderot (1995) en 1773, a las imágenes turísticas contemporáneas, instauran la imagen de un “otro” profundamente desigual y diferente. Durante siglos, las descripciones coloniales detallaron abundantemente las costumbres sexuales del “otro”, calificándolas a menudo de exóticas. En un primer lugar, estas descripciones forjaron en Occidente un conjunto de creencias fantasmagóricas sobre la sexualidad asiática, las cuales fueron, a continuación, reinterpretadas por no pocas instituciones y empresarios turísticos con el fin de justificar el desarrollo de una sexualidad venal destinada a satisfacer la demanda occidental. A este respecto, es un buen ejemplo el caso de la industria del sexo tailandesa, vinculada en un primer tiempo a los soldados americanos estacionados en las zonas de descanso y entretenimiento –*rest & recreation*– durante la guerra de Vietnam, y que se transmutó para satisfacer la demanda turística a principios de los años 1980. La prostitución, tributaria de una historia y una tradición local, se convierte así en un producto de la cultura local.

De toda la escenografía orientalista, una de las obras más destacadas de los años setenta es la autobiografía de Emmanuelle Arsan. Este libro, publicado clandestinamente en 1959 bajo el título *Emmanuelle, la leçon d’homme*¹⁴, cuenta la historia de una fotoperiodista de dieciséis años que se casa con un diplomático francés destinado en Bangkok. El texto fue objeto de una adaptación cinematográfica en 1973, *Emmanuelle à Bangkok*¹⁵, película que se convirtió poco más tarde en objeto de culto del cine erótico.

La historia se desarrolla en Tailandia. El emplazamiento geográfico se muestra por medio de planos rodados en los mercados flotantes, nubes de niños corriendo en las calles con el torso desnudo, casas coloniales rodeadas de palmeras, luces crepusculares, y escenas de boxeo *tai*. Pero la Tailandia de *Emmanuelle* es sobre todo un Oriente refinado, perverso y lascivo, donde los europeos dan libre curso a sus deseos sexuales más ocultos. *Emmanuelle* rechaza las relaciones heterosexuales monógamas y ensalza la liberación sexual. Su universo es un mundo privado de sentimentalismo, dependencia, vacilación, culpabilidad. Valora tanto su amor por Jean, su marido, como las fugaces relaciones que emprende con sus amantes, ya sean hombres o mujeres.

A lo largo de la película, la mujer tailandesa se reduce a un cuerpo, que es ineludiblemente asociado al deseo sexual masculino. La escena del *show* erótico, que

¹⁴ Desde su publicación, la obra se ha convertido en un título imprescindible de la literatura erótica.

¹⁵ Después de varias ediciones literarias, el texto se ha llevado a la pantalla unas cuarenta veces, si se consideran las versiones de cine erótico y pornográfico, y las series televisivas o de vídeo. La adaptación más famosa es, sin duda, la de Just Jaeckin realizada en 1974, que pone en escena la joven actriz Sylvia Kristel, y que alcanzara los nueve millones de espectadores solamente en Francia. Al éxito literario y cinematográfico, hay que sumar el éxito de la banda sonora original compuesta por Pierre Bachelet, de la que se vendió 1,4 millones de álbumes y 4 millones de *singles*.

anticipa la figura ampliamente mediatizada de los *gogo bars* de Patpong¹⁶, es clave a este respecto. Una bailarina fuma un cigarrillo que introduce en su vagina por un efecto de contracción muscular. Siguen dos mujeres que hacen el amor sobre el escenario frente a un público femenino que observa indiferente el espectáculo. Más tarde estas mujeres solicitan a Jean para una relación sexual. La mujer tailandesa personifica, una después de otra, al artista erótico, la lesbiana, la mirona, y por último la prostituta.

La saga de *Emmanuelle* alimenta una imagen de Tailandia que se acerca a la del paraíso sexual, un lugar de libertinaje y experimentación donde “aún” se pueden vivir experiencias sexuales imposibles de hallar en Europa. Se trata de un mundo tan lejano como alejado de los sentimientos y valores del mundo occidental. *Emmanuelle* reconforta a los viajeros que se desplazan a Tailandia, y que proyectan sobre el espacio que descubren la representación inventada por la obra.

El documental español *Mariposas del Mekong* utiliza técnicas similares para describir el recorrido de un etnólogo que va de Camboya a Malasia a la búsqueda de víctimas del tráfico sexual. El Sudeste Asiático puesto en escena por el realizador español reproduce los clichés anhelados por el espectador, los cuales no sorprenden por su originalidad: paisajes tropicales, ríos rodados en luz crepuscular, mariposas volando sobre plantas, niños ejecutando danzas tradicionales, barrios de chabolas donde reina la crueldad. Asimismo, el Asia de Barbadillo está también fuertemente sexualizada, ya que está repleta de burdeles en Camboya, de *gogo bars* en Tailandia, y de hoteles chinos empleando prostitutas extranjeras en Malasia.

Resulta obvio que esta película de tendencia abolicionista utiliza métodos similares a los que empleo Just Jaeckin treinta años antes para poner en escena el libro. Los dos realizadores retratan un Asia orientalista y cruel. Esta salvajería lleva al espectador a sentirse garante de los valores europeos de carácter universalista, a sentirse más civilizado que el “oriental”. Barbadillo denuncia una supuesta omnipresencia de la esclavitud y la injusticia, al mismo tiempo que devuelve una representación convenida y sumamente sexualizada de la cultura. Jaeckin describe un viaje iniciático que conduce a la apoteosis de la liberación sexual. Las mismas imágenes que se alternan para llevar al espectador a un lugar conocido, acusan y liberan.

2. 4. *El cuerpo sufriente*

La escenificación de los intolerables privilegia la inscripción sobre el cuerpo. Esta técnica ha sido consagrada por las organizaciones humanitarias que ubican la imagen en el corazón de sus materiales preventivos y de denuncia. Muchas de estas imágenes, englobando tanto las de Marie-France Botte como las de *Mariposas del Mekong*, o incluso las de la película *La vie nouvelle* de Philippe Grandieux¹⁷ (2002) o las de

¹⁶ El barrio de Patpong se conoce por sus *gogo bars* y su mercado nocturno turístico. Situado en el corazón de la ciudad de Bangkok, consta de varias callejuelas adyacentes a la avenida comercial Silom.

¹⁷ Esta película, de factura experimental, describe la historia de un joven americano que se enamora de una prostituta traída contra su voluntad desde Europa del Este. La película describe los mercados de mujeres y las difíciles condiciones de trabajo de las supuestas víctimas de la trata.

Lylia 4 Ever de Lukas Moodysoon (2002), referidas al tráfico en Europa del Este, muestran los sufrimientos corporales, las huellas de golpes, las laceraciones, las quemaduras de cigarrillos, las auto-mutilaciones, o los pinchazos de droga sobre los cuerpos de las víctimas. Pero todo intolerable tiene sus límites, y a fuerza de querer mostrar demasiado se corre el riesgo de que la indignación se convierta en repulsión. Mostrar un sufrimiento excesivo plantea problemas, ya que el realismo del cuerpo humano repugna tal cual. En efecto, un espectador que observa fríamente las secuelas de la violencia, o que describe minuciosamente las laceraciones sufridas por la joven prostituta birmana, corre el riesgo de ser acusado de indecencia.

Los intolerables se instauran en las prohibiciones morales que instituyen la cuestión de la integridad corporal. Esta última se considera bajo dos ópticas (Fassin y Bourdelais, 2005: 9). En primer lugar, es física cuando se orienta hacia el cuerpo de la víctima, es decir, allí donde se padece el dolor. En segundo lugar, el cuerpo se asemeja también a un objeto político cuando el sufrimiento afecta a su espacio social y a su dignidad. El cuerpo colectivo agrupa al conjunto de los niños asiáticos víctimas de la trata cuyos cuerpos individuales son violados; puede también corresponder al conjunto de las personas seropositivas en Asia.

Por otra parte, el cuerpo condensa simultáneamente la presencia de una realidad física y de una persona jurídica (Fassin y Bourdelais, 2005: 10). Torturarlo o violarlo es atentar tanto contra la integridad de la primera como contra la dignidad de la segunda. El cuerpo da existencia a individuos a los que se les conceden derechos a título de su integridad corporal. Al denunciar el sufrimiento de un niño que ha sido objeto de abuso, se le concede automáticamente un reconocimiento socio-jurídico inédito, a menudo más simbólico que real. ¿Cuántas víctimas, habiendo sido objeto de reportajes televisivos, son invitadas a contar su historia en un plató de televisión o delante de un gentío de especialistas durante un congreso internacional?

Por otro lado, la representación del cuerpo maltratado purifica a la víctima, puesto que la sangre es una prueba innegable tanto del sufrimiento como de la inocencia. De hecho, la escenificación del cuerpo agredido no basta para emocionar al espectador. Además, la víctima debe de ser inocente, y la violencia que se le infringe debe de ser injusta e inmerecida. La cuestión de la elección es aquí fundamental. La víctima “inocente” sufre un destino que no ha elegido, y por lo tanto merece la compasión del espectador así como la atención humanitaria. Por su parte, la víctima “culpable”, es decir la que acepta seguir a su traficante, emigrar clandestinamente o alquilar su cuerpo a sabiendas, se arriesga a ser relegada al mundo criminal, obviamente condenado.

2. 5. Las cifras

Puesto que la emoción no siempre basta para convencer, el recurso a las cifras viene a reforzar las estrategias cuyo objetivo es denunciar la explotación sexual infantil. La puesta en circulación de dichas cifras por los actores movilizados en la lucha contra lo que consideran una “plaga”, ECPAT en cabeza, nunca hubiese logrado sus fines sin una creciente demanda social e institucional para este tipo de información. La inquietud por cuantificar el fenómeno se entiende. Las cifras, si bien son excesivamente abstractas para mostrar eficazmente el sufrimiento de las víctimas,

justifican la acción y la existencia de los actores que se dan por misión erradicar la “tragedia”. Si es irrefutable que estas estimaciones, a menudo alarmistas, han contribuido a concienciar a las sociedades occidentales, se destinan sobre todo a llamar la atención de los donantes para sustraer su atención, y consecuentemente fondos.

En 1989, ECPAT y el CPRC –*Centre for the Protection of Children’s Right Foundation*, respaldado por Marie-France Botte– anunciaban conjuntamente la cifra de 800.000 niños tailandeses implicados en la industria del sexo, para una población total de 60 millones de habitantes. Esta cifra, que se presentó sin ninguna explicación, implicaría que al final de los años ochenta, un menor sobre cuatro en Tailandia sería prostituido, lo que parece absurdo. En 1994, el Gobierno noruego anunciaba al Consejo de Europa que cada año un millón de niños eran vendidos en el mundo para ser prostituidos¹⁸. Ninguna fuente o metodología de investigación fue mencionada. Esta cifra, a la cual vino a añadirse progresivamente el prefijo “más de”, sería asumida sin más por la mayoría de las ONG que asistieron al primer congreso de ECPAT en Estocolmo en 1996. El número de “800.000 niños prostituidos en Tailandia”, y el de “de un millón de niños vendidos para la prostitución en el mundo todos los años”, marcaron tanto en su época que se convirtieron en un estándar¹⁹ asumido.

Sobre la trata, el Departamento de Estado Americano considera que en 2000, de 700.000 a 2 millones de mujeres y niños fueron víctimas del tráfico en el mundo. En 2003, la cifra sube hasta los 4 millones, pero vuelve a bajar inexplicablemente a 800.000 en 2006. Según el informe *Trafficking in Persons*²⁰, esta cifra no tendría en cuenta los “millones” de personas víctimas de la trata dentro de las fronteras, un 80 % de las cuales serían mujeres y niños, y el 50 % menores.

Estas cifras, excesivamente vagas y no comprobables, no son más que un ejemplo de las inexactitudes ordinarias. Las estadísticas carecen de transparencia metodológica, faltan las fuentes documentales fiables, y las definiciones de los conceptos clave como “víctima”, “prostituta”, o “explotación”²¹ no están controladas. Numerosos estudios se basan en muestreos reducidos y no representativos, lo que excluye el ejercicio comparativo a nivel internacional. Peor aún algunas conclusiones son alzadas en generalidades sin más. Así pues, estas informaciones deben de ser manejadas con gran prudencia, sobre todo si se tiene en cuenta el carácter clandestino inherente al fenómeno, lo cual dificulta considerablemente la recolección de datos.

¹⁸ “It is widely accepted that the trade in youthful flesh is growing, the numbers of children involved are large, and a considerable proportion endure conditions close to slavery. A Special UN Rapporteur on The Sale of Children has been appointed. The Norwegian Government has informed the Council of Europe that: ‘Every year, one million children are either kidnapped, bought, or in other ways forced to enter the sex market’”. (Black, 1994: 11. Artículo consultado el 30/12/2007). <http://www.newint.org/issue252/home.htm>.

¹⁹ Entre numerosos ejemplos, Veran y Chouffan (2000) dicen: “Cada año en el mundo un millón de niños entran en la prostitución”.

²⁰ Departamento de Estado Americano (2007). Informe consultado el 30/12/2007.

²¹ ¿Qué criterios permiten medir la explotación? ¿Los convenios de la Organización Internacional del Trabajo? ¿Los usos consustanciales a cada país y que para Asia distan mucho de responder a las normas internacionales?

En los años noventa, cuando las cifras no eran suficientemente abrumadoras, se sustituían por trivialidades (Montgomery, 2001: 23), tales como “la venta de niños para la prostitución aumenta día a día”, o “se trata de una crisis de proporciones endémicas”, o por exageraciones como “niños de tan sólo siete u ocho años son masivamente vendidos para la prostitución”, o “llevan a cabo hasta diez servicios sexuales por noche”, o por metonimias tales como “el precio de un servicio equivale al coste de un plato de tallarines”. Los mismos subterfugios son empleados en los informes sobre la trata. Frases tales como “hoy en día el tráfico de seres humanos es una plaga creciente”, o “el tráfico es una plaga mundial que se expande a una velocidad alarmante”, se trivializan, mientras que la investigación subraya que resulta prácticamente imposible evaluar de forma científica la amplitud del fenómeno.

3. La política de la piedad

Luc Boltanski (1993: 15) describe la observación diaria del cortejo de desdichados, a la que se prestan los hogares occidentales a la hora del telediario. Opone la política de la compasión a la de la piedad. La compasión rechaza las generalizaciones y se centra en seres singulares sufrientes. Aferrada a una presencia silenciosa y dotada de un carácter práctico, se interesa poco por la emoción. Poco locuaz, se manifiesta más en expresiones del cuerpo que en palabras.

La política de la piedad presenta un agregado de víctimas a un espectador distante. Integra la dimensión de la distancia y se presenta bajo el signo de la emoción. Supone dos elementos: 1) la partición del mundo entre dos clases de hombres desiguales, los unos ubicados bajo el signo de la felicidad, los otros bajo el de la desdicha, 2) la observación de los segundos por los primeros, los cuales no comparten su dolor. En esta escenificación, el infeliz y el espectador no son nada el uno para el otro. Ningún vínculo, ni familiar, ni comunitario, ni de interés, los vincula. No son ni amigos, ni enemigos. Los infortunios que afectan a los unos no afectan a la condición de los otros.

La política de la piedad suscita dos emociones compasivas. La primera, el enterrecimiento, se expresa en sentimientos y prepara el terreno de la acción bienhechora. La segunda, la indignación, se sustenta en la justicia y prepara la acusación. Para enterrecerse y experimentar un sentimiento auténtico, el espectador debe no solamente observar el sufrimiento de la víctima desde el exterior, sino que además debe escuchar su interioridad (Boltanski, 1993: 122). En efecto, la emoción que se experimenta en el corazón es verdadera ya que éste no miente. Y puesto que el corazón no engaña, la emoción es una verdad que prescinde de pruebas materiales. Por sí sola, basta para descartar cualquier duda sobre la autenticidad del sufrimiento de la víctima.

Este dispositivo de observación del sufrimiento plantea el problema paradójico de la distancia. Por una parte, el espectador goza de una ventaja que le es propia, ya que posee la capacidad de observar el espectáculo sin ser visto. Por otra, la víctima ha de ser transportada en persona frente al espectador, tal y como si estuviese allí mismo. Es pues necesario congregarse situaciones individuales para transportarlas delante de los ojos del espectador, a través de un espacio-tiempo que los avances tecnológicos hacen cada vez más complejo. El obstáculo que constituye la distancia se supera

fácilmente por medio de la imaginación. El espectador no se identifica con la víctima, sino que más bien se imagina lo que esta siente. La capacidad para imaginar el sufrimiento de otros se alimenta de experiencias personales e ideas inducidas por las representaciones. Esta distancia intrínseca al dispositivo de observación sirve también de válvula de seguridad, puesto que evita la invasión de las víctimas, de allí en adelante convertidas en monstruos, en el espacio privado del espectador.

Para acercar los sufrimientos de los unos y la felicidad de los otros, la escenificación despliega técnicas que facilitan la generalización. Una de estas técnicas es el principio de equivalencia, que se basa en elementos estadísticos o cifras. Pero la retórica de la denuncia utiliza también comparaciones. Tomemos la fotografía, numerosas veces publicada, del niño tailandés que vende flores a los turistas de Bangkok al mismo tiempo que les propone sus servicios sexuales. La propuesta de compromiso se orienta hacia la indignación si la figura de la víctima se contrasta con la riqueza opulenta de los edificios modernos de las calles circundantes.

3. 1. El tercer agente

Luc Boltanski añade un tercer actor (1993: 73) al tándem víctima/espectador, cuyas maniobras tienen un efecto directo sobre el destino de la víctima. Este agente puede estar físicamente presente o metafóricamente sugerido. Puede ser una persona bienhechora responsable de enternecer al espectador, puede ser también alguien maligno encargado de indignarlo.

La figura del perseguidor es explícita en numerosas descripciones. Son la mafia y los pederastas para Marie-France Botte; son el traficante, el arrendatario y la policía corrompida para *Human Rights Watch*. Esta proximidad facilita el acto de condena hacia un agresor claramente identificado. No obstante, cuanto mayor es la distancia entre la víctima y su perseguidor, más difícil resulta establecer la conexión entre ellos. ¿Qué ocurre con un cliente regular de la prostitución que, víctima del sida, agoniza en un barrio de chabolas de Phnom Penh? ¿Es una víctima del virus, o es condenable a causa de haber alquilado los servicios de una prostituta? ¿Quién es el agresor en este asunto? ¿Él? ¿Aquella que lo contaminó? ¿El responsable del Ministerio de Salud de un país en desarrollo que carece de infraestructuras sociales y médicas adecuadas? ¿O es la sociedad farmacéutica internacional que prohíbe la fabricación de tratamientos anti-retrovirales genéricos de bajo precio? Puesto que el vínculo entre la víctima y el agresor no es siempre evidente, una relación de causalidad es necesaria para elaborar una acusación eficaz. Esta operación resulta fácil cuando la policía hace irrupción en una habitación de hotel y fotografía a un pederasta desnudo abusando de un niño; es más delicada de establecer cuando la escena no es tan caricaturesca, el caso del enfermo de sida agonizante, por ejemplo.

La amenaza es un elemento clave en la elaboración de la imagen del perseguidor. Las redes pederastas, los traficantes de seres humanos, la delincuencia organizada²², o el temor de una invasión de emigrantes ilegales, fuerte en Malasia y en Singapur,

²² El fantasma de una mafia organizada transasiática de origen chino planea en la mente de numerosos periodistas y organizaciones humanitarias, mientras que ningún estudio serio viene a probar su existencia, al menos en cuanto a tráfico transnacional de seres humanos se refiere.

son las figuras de un enemigo fácilmente identificable, necesariamente reprochable, y fácilmente atacable por los poderes políticos, que de aquí en adelante sitúan la trata de seres humanos en el ámbito político de la seguridad nacional.

La presencia del agente benefactor se manifiesta claramente en algunos casos. Es el médico o el socorrista que atienden a la víctima en la imaginaria humanitaria, es la enfermera que venda la herida —la fotografía a doble página del libro de Marie-France Botte en la que aparece curando a un niño agredido—, es el trabajador social que distribuye preservativos o el profesor que escolariza a los niños supervivientes de la prostitución, es el periodista salvador del *New York Times*, es el etnólogo de *Mekong butterflies* que va en busca de las víctimas camboyanas traficadas en Malasia, es finalmente el responsable de una ONG convertido por los medios en héroe carismático. La autobiografía de Somaly Mam²³ (2005) es sintomática de la maniobra, mediante la cual un autor se presenta como víctima de la causa que combate. Mam justifica la acusación contra la trata de niños y la consiguiente misión salvadora que se auto-asigna, por el mero hecho de haber sido ella misma violada, vendida y torturada. El doble impacto emocional inherente a la política de la piedad, la indignación experimentada ante la injusticia y el enternecimiento hacia el agente bienhechor, se expresa en la reacción de una lectora:

¡Somaly! ¡Buenos días! Eres una mujer a la que abrazaría si tuviese la ocasión. ¡Una mujer de corazón, de carácter, de sentimientos, de vida! Acabo de terminar tu libro: ¡*El silencio de la inocencia*! Por primera vez en mi vida, lloré después de haber leído un libro. ¡Un libro que nos conmueve por todo lo que ocurre sobre esta tierra y que es inducido por el ser humano! ¡Sabía que todo eso existía pero nunca lo habría imaginado tan horrible! ¡Todo este sufrimiento, este martirio, esta violencia, física y mental, si pudiera... si pudiéramos... pero cómo actuar! ¡Es necesario que esto cese! ¡Tenéis derecho a ser felices! Lloré por ti...²⁴

La lectora expresa en primer lugar la frustración resultante de la distancia. Sus sentimientos, es decir su interioridad, están en simbiosis con los del autor. Aunque el sufrimiento anide en la persona de Somaly, la lectora se lo acapara, lo magnifica, y lo alza en generalidad. El enternecimiento expresado por las lágrimas se acompaña de una indignación que desencadena palabras de condena, y seguidamente una voluntad de compromiso en la lucha contra la esclavitud sexual. ¿Qué puede hacer un especta-

²³ El editor presenta al autor como alguien que “describe su infancia de esclavo oprimido”. Presentación en www.amazon.fr. El texto de presentación de la editorial France-Loisirs prueba que las cosas no han cambiado excesivamente desde el testimonio de Marie-France Botte en 1993:

Camboya es uno de los países más pobres del mundo. La inocencia de un niño se negocia por un puñado de euros, y en las calles abundan pequeños esclavos, violados, prostituidos, a veces torturados... Algunos tienen apenas siete u ocho años. La asociación de Somaly Mam intenta salvarles la vida. Su libro intenta abrir los ojos del mundo sobre esta insoportable verdad.

²⁴ Reacción en línea de una lectora consultada el 30/12/2007; http://sisyphe.org/article.php?id_article=2140.

dor distante y moralmente condenado a la inacción, si no es mostrar simpatía por el agente bienhechor e indignación hacia su agresor? La indignación y la cólera se reflejan en acusaciones que preparan el terreno del compromiso.

3. 2. *El compromiso*

Después de llevar la escena al público, la reacción de éste ha de ser encaminada hacia la víctima. Si quiere adoptar una actitud aceptable, el espectador no puede ni quedarse indiferente, ni disfrutar solitariamente del espectáculo. La obligación de prestar ayuda se basa en una responsabilidad moral socialmente convenida. ¿Qué puede hacer entonces el espectador? Dispone de tres opciones: pagar, hablar o desertar (Boltanski, 1993: 34-37).

Pagar se acerca a la idea de acción, ya que el donativo muestra de forma clara y evaluable el gesto realizado en favor de la víctima. No obstante, este compromiso se encubre por el carácter impersonal de la acción, es decir, un cheque enviado a una cuenta bancaria en Occidente. Además, dicho gesto no alivia de inmediato el sufrimiento de la víctima, y asimismo existe el riesgo de que el dinero sirva a los intereses no de la víctima sino de la causa. Por otra parte, la solución pecuniaria se expone a la acusación de no ser más que una forma rápida de liberarse del peso de la culpabilidad.

La *palabra* acusadora tiene por principal inconveniente el ser interpretada como alejada de la acción. Por sí sola, no basta para demostrar la importancia del sacrificio llevado a cabo por el espectador bien intencionado. Generalmente precede a la acción, es decir, al envío del cheque, o a un compromiso más firme.

La tercera solución consiste en que el espectador puede *desertar*, es decir, apagar la televisión, cerrar el periódico, ignorar la enésima campaña para atraer donantes, y optar por la deserción a riesgo de sufrir la acusación de indiferencia; mientras que socialmente el conocimiento del sufrimiento obliga a asistir.

La focalización sobre fenómenos intolerables favorece la movilización de actores en torno a cuestiones que provocan sentimientos de piedad, lo cual prepara la constitución de causas comunes. En efecto, nada favorece más la formación de una causa humanitaria que el espectáculo del sufrimiento. El turismo sexual infantil y el tráfico de seres humanos son dos buenos ejemplos.

4. Más allá de las representaciones

El dispositivo asimétrico inherente a la política de la piedad distribuye desigualmente la humanidad entre los protagonistas presentes. La víctima es el objeto de una descripción que, con un realismo crudo, distribuye el poder del lado del narrador, del tercer agente y del espectador. Mientras que un sujeto tiene una identidad social y una historia, la víctima no es más que un cuerpo enfermo y un objeto pasivo. Mientras que el sujeto tiene el derecho de la palabra, la víctima no lo tiene o muy poco. Esta última no puede sino sufrir un tratamiento médico-social. La víctima no responde de sus actos morales o legales. Irresponsable y poco participativa, carece de iniciativa y no puede sino sufrir un trágico destino. No obstante, hay que subrayar que en el fenómeno de la explotación sexual infantil, lo que está en juego no es la vida de la víctima, sino más bien su autonomía. En efecto, el proceso de victimización no

cae en los vicios de la ayuda humanitaria de urgencia, que reduce las víctimas a organismos biológicos etiquetados cuya vida es necesario salvar gracias al dispositivo médico.

Un escollo debe, sin embargo, ser evitado: si la violencia y la explotación existen para algunos, no habría que creer que todos los niños asiáticos prostituidos o vendidos han sido raptados, brutalizados y violados. El peor escenario será cierto para un reducido número de ellos que, privados de libertad, son obligados a prostituirse, pero en ningún caso ello puede alzarse en una generalización. De hecho, existe un gran número de víctimas “activas” cuya vida no se caracteriza por la tragedia (Montgomery, 2001: 39). Son menores que se prostituyen ocasionalmente y que no se reconocen en las categorías elaboradas a menudo en Occidente. Son jóvenes que rechazan la piedad del espectador y la pertenencia a las estadísticas, y que son plenamente conscientes de los riesgos sanitarios en que incurren. Son niños que aprenden, antes de hora, a actuar como adultos, y que sacrifican la simpatía y los privilegios que debería de concederles la infancia. Son protagonistas que rechazan las clases de alfabetización y los estudios profesionales propuestos por ONG, a veces excesivamente paternalistas, las cuales se desesperan al ver a sus beneficiarios abandonar sus centros de acogida y preferir el ejercicio de la prostitución, actividad que resulta mejor remuneradora que buen número de empleos formales.

Si la supuesta víctima no es completamente engañada y, si a falta de ser plenamente voluntaria, está sobre aviso de los riesgos que corre, entonces ya no es totalmente inocente y la suposición comúnmente compartida que hace de ella una víctima se desvanece. Esta afirmación pone en entredicho la cuestión clave en el tema de la prostitución, el consentimiento, en torno al cual se centralizan numerosos debates en los ámbitos tanto humanitarios como científicos. Una parte de la literatura sobre la prostitución adulta²⁵ impugna la presunción de no-inocencia que caracteriza a la víctima pasiva, y concede capacidad de disposición –agency– a las migrantes prostitutas. Mientras que algunas víctimas adultas están realmente sometidas al poder de sus traficantes y proxenetas, otras desarrollan estrategias de supervivencia y autonomía que les permiten escapar al control de tales agentes.

No obstante, la ratio entre disposición y victimización es imposible de medir. ¿Cómo diferenciar en el mundo adulto entre elección voluntaria e involuntaria, si a menudo las dos opciones se confunden en un mismo recorrido migratorio? Para los menores, la cuestión de la elección sencillamente se ha evacuado, aunque la realidad desmienta la teoría. Disposición y victimización, son dos posiciones extremas movilizadas en torno a la cuestión irresoluble de la responsabilidad.

5. Referencias bibliográficas

AGUSTIN, Laura

2003 “Forget Victimization: Granting agency to migrants”. *Development*, 46, 3: 30-36.

2005 “Still Challenging ‘Place’: Sex, money and agency in women’s migrations”, en A. Escobar y W. Harcourt (dir.), *Women and the Politics of Place*. Bloomfield: Kumarian Press.

²⁵ Pensamos, por ejemplo, en los trabajos de la española L. Agustin (2003, 2005).

ARSAN, Emmanuelle

1974 [1959] *Emmanuelle, la leçon d'homme*. Paris: E. Losfeld.

BLACK, Maggie

1994 "Home truths". *New internationalist*, 252: 11-13.

BOLTANSKI, Luc

1993 *La souffrance à distance. Morale humanitaire, médias et politique*. Paris: Métailié.

BOTTE, Marie-France

1993 *Le prix d'un enfant. L'enfer de la prostitution enfantine à Bangkok*. Paris: Robert Laffont.

DARLEY, Mathilde

2006 "Le statut de la victime dans la lutte contre la traite de femmes". *Critique internationale*, 30 : 103-122.

DIDEROT, Denis

1995 [1773] *Supplément au voyage de Bougainville*. Paris: Le livre de poche. Collection d'aujourd'hui.

FASSIN Didier; BOURDELAIS Patrice

2005 *Les constructions de l'intolérable: études d'anthropologie et d'histoire sur les frontières de l'espace moral*. Paris: La Découverte.

HUMAN RIGHTS WATCH

1993 *A modern form of slavery. Trafficking of Burmese women and girls in brothels in Thailand*. Asia Watch & Women's rights project. Versión electrónica.

MAM, Somaly

2005 *Le silence de l'innocence*. Paris: Ed. Anne Carrière. Col. Document.

MONTGOMERY, Heather

2001 *Modern Babylon? Prostituting children in Thailand*. New York, Oxford: Berghahn books.

ROUX, Sébastien

2005 "Emouvoir pour justifier. ECPAT et la lutte contre le tourisme sexuel". Versión electrónica. Propuesta de artículo comunicada por el autor. Septiembre.

U. S. DEPARTMENT OF STATE

2007 *Trafficking in Persons*. <http://www.state.gov/g/tip/rls/tiprpt/2007>. June.

VERAN, Sylvie; CHOUFFAN, Alain

2000 "Les ravages du tourisme sexuel". *Le Nouvel observateur*, 1866 : 8-16. Août.

6. Referencias filmicas

BARBADILLO, Pedro

2007 *Mariposas del Mekong*. España:Graphic productions.

GRANDIEUX, Philippe

2002 *La vie nouvelle*. Francia: Studio Canal +.

JAECKIN, Just

1974 *Emmanuelle à Bangkok*. Francia: Parafrance.

MOODYSSON, Lukas

2002 *Lylia 4 Ever*. Suecia.